

## PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: EXILIO Y ENSAYO\*

Por Liliana Weinberg

CCYDEL, UNAM

Si entendemos que releer la obra de Pedro Henríquez Ureña en el marco de un congreso de filosofía implica preguntarse por el talante estrictamente filosófico de sus reflexiones y decidir si era o no filósofo en el sentido profesionalizante que hoy atribuimos al término, podemos desembocar en un callejón sin salida y en una polémica tan infinita como estéril.

Ha sido Henríquez Ureña un pensador riguroso. Por otra parte, no es poca cosa el rescate, la reincorporación y la inteligente relectura a que nuestro autor sometió, por ejemplo, la obra de Spinoza, de Comte, la crítica del positivismo o la obra de Nietzsche, a la que comparó de manera rigurosa y original con la filosofía pragmática de James, y reinstaló, junto con la lectura de Platón o Kant, en un programa mayor de crítica al positivismo imperante. Sin embargo, considero que nuestra indagación no se debe restringir a ello. Y en caso de emprender una tarea de este tipo, podríamos hablar de “La filosofía de Henríquez Ureña” como él a su vez se refirió a la “Sociología de Hostos”: “Por haberse escrito para escuela de estudios no especializados, esta obra no alcanza las premoniciones de los vastos cuerpos de doctrina en que generalmente se exponen los nuevos sistemas o teorías”.<sup>i</sup>

Habría, claro está, un segundo camino, tal vez excesivamente simple e ingenuo, que consistiría en sólo rastrear las reflexiones que de manera explícita hizo Henríquez Ureña sobre el problema de la filosofía. Así, por ejemplo, ya en 1907, al hablar de la juventud intelectual mexicana con la que compartió los primeros años de estudios y conferencias, dijo:

La principal facultad por ellos revelada es, a mi ver, espíritu filosófico. Filosófico, si se quiere, en significación más extensa de lo que es usual: espíritu capaz de abarcar con visión personal e intensa los conceptos del mundo y de la vida y de la sociedad, y de analizar con fina percepción de detalles los curiosos paralelismos de la evolución histórica, y las variadas evoluciones que en el arte determina el inasible elemento individual.<sup>ii</sup>

A renglón seguido nuestro autor añadirá una intuición que habrá de tener importantes ecos: la integración de arte y filosofía:

Englobo, pues la facultad artística de los conferencistas, no en menor grado revelada, dentro de su espíritu filosófico, no porque la considere subordinada, sino porque la estimo como algo más que simple potencialidad creadora, de imaginación y sensibilidad (que el vulgo suele juzgar casi subconsciente): como una facultad elevada a la altura filosófica por el poder de sintetización y desarrollada y afinada merced a la capacidad crítica. ¿No es axiomática ya la verdad de que todo arte elevado arraiga en la filosofía? ¿No es evidente que el cultivo del arte exige percepción crítica?<sup>iii</sup>

Una tercera posibilidad se daría si nos aplicáramos a debatir si el discurso ensayístico practicado por intelectuales como Henríquez Ureña es o no es una especie del discurso filosófico. Mucho se ha dicho ya al respecto por parte de autores del indiscutible rigor filosófico de Adorno, quien defiende la libertad crítica del ensayo contra la cerrazón del tratado o, por el contrario, por quienes, como Eduardo Nicol, —en abierta crítica a Ortega—, deslindan el rigor del discurso filosófico de la libertad creativa del ensayo. Nada se ha concluido todavía sin embargo, y no intentaré en esta ponencia tratar este tema sino de manera tangencial.

Podríamos sentirnos tentados también, a la luz de la reciente desaparición de ese gran pensador “fuera de lugar” que fue Edward Said, a estudiar la relación entre pensamiento y exilio en la obra de ese gran exiliado que fue Henríquez Ureña, para tomar en cuenta las notas de carácter descentrado con que dota a la filosofía el pensar desde la condición de exilio. Contamos ya al respecto con notables antecedentes en el estudio de la obra de Bourdieu, Derrida, Said, y de los aportes filosóficos de los grandes maestros del exilio español: Gaos, Nicol, Sánchez Vázquez, Zambrano, los dos Xirau.

Henríquez Ureña fue hombre del exilio, aun cuando dio a esta condición una resolución particular: “Extranjero por cuestiones de geografía política, pues nunca me he sentido extranjero en la América española, entre compañeros de esfuerzo y estudio”.<sup>iv</sup>

En cuanto al exilio de Henríquez Ureña, su vida se ha visto atenaceada, como la de pocos de su talla, entre la fuerza centrípeta de pertenencia a una élite intelectual y la fuerza centrífuga del reiterado exilio. Nuestro autor hará de sus estudios y reflexiones una forma de arraigo en el mundo de la cultura. Su

propia interpretación del *Ariel* con una perspectiva generacional y la defensa del orbe de las ideas sobre el de la política inmediata dará una tonalidad a su obra de los primeros años y le permitirá aferrarse a un orden de las ideas con que sobrellevar los duros años de la estrechez económica y la inseguridad laboral.

Como bien observa Beatriz Sarlo, el carácter inconcluso y de apunte de muchos de sus ensayos muestra su apertura a las urgencias del trabajo intelectual:

No se trata solamente de un elenco de temas, sino más bien, de la manera en que estos temas recorren tenazmente las formas más variadas de su intervención intelectual e ideológica. Se trata, más aún, de una trama que da forma y marco de lectura e intervenciones muchas veces fragmentarias, surgidas a partir de coyunturas de una biografía intelectual que bien podría definirse como la de un profesional moderno: alguien cuyos medios de vida están ligados a la producción de escritura y, en consecuencia, alguien cuya escritura no puede estar libre de las marcas originadas en las situaciones pragmáticas de enunciación: repeticiones, pasajes demasiado rápidos, escritos o dichos con la intención de desarrollos posteriores, alusiones y anuncios, elisiones y puntos ciegos donde el lector actual se detiene imaginando la conferencia, los límites de espacio de una publicación, la coexistencia de varias líneas de investigación al mismo tiempo.<sup>v</sup>

He citado *in extenso* a Sarlo porque toca puntos cruciales: la situación pragmática de enunciación, lejos de deber ser ocultada o minimizada, debe ser explicitada en el caso del ensayo, puesto que ilumina a la vez respecto de la posición del intelectual en la vida pública y la posición y destino de sus textos, dejando incluso marcas en la forma. Una vez más, la fuerza centrípeta que anida en los ensayos de nuestro autor, y que tiende a dar una configuración que a su vez autorice y legitime una inserción de largo alcance en el ámbito de la cultura universal, se ve combinada y contrapesada por una fuerza centrífuga que obliga a dar versiones fragmentarias, palimpsestos, fichas, citas, con la urgencia de quien se ve precisado a tener intervenciones culturales inmediatas (de allí la tan mencionada vocación de magisterio que rivalizó con la vocación escritural y quitó a Henríquez Ureña la posibilidad de una obra de mayor concentración).<sup>vi</sup> De allí también los dos tiempos que ordenan el ensayo del dominicano: el de la situación histórica concreta y el de la utopía.

Dice también Sarlo:

Estas marcas que remiten a una situación pragmática de enunciación, y que son unas de las que distancian el discurso ensayístico del discurso filosófico y de las ciencias sociales, escritos con predominio de un afán de generalidad, impersonalidad y universalidad mayores, lejos de representar una “contaminación de coyuntura” que degrada al ensayo constituyen una clave de su propia construcción y lectura. El propio Pedro Henríquez Ureña es consciente de aquello que denomina “espíritu filosófico”, y de esa capacidad de mirada abarcadora en tiempo y espacio, que salva de agotarse en la coyuntura, tal como aparece en un temprano texto de 1907 sobre los participantes en la Sociedad de Conferencias.<sup>vii</sup>

Para concluir mi diálogo con Sarlo, recupero otra idea de esta crítica que me parece fundamental no sólo para leer a nuestro autor sino al ensayo en general: la existencia de una “función constructiva dominante”, que en el caso del autor que nos ocupa no es otro que el concepto de utopía, que funciona a la vez como “categoría de análisis histórico” y como “impulso de proyección social y cultural”. La tensión presente ya en propio título de una de sus más recordadas obras, “El descontento y la promesa”, yuxtapone ambas exigencias: demandas de actuación imperfecta en el presente, contaminación de coyuntura, fragmento y afán de síntesis y visión amplia sólo posible con una mirada de futuro, que implica promesa y otorga un principio de utopía (conciliación, integración, consumación orgánica de un proyecto) a su obra toda.

Por mi parte, la lectura que aquí propongo surge desde otro punto de partida. Se trata de un problema que considero anterior y previo a estas discusiones, como es el de la generación de las bases mismas necesarias para el surgimiento del pensar riguroso en América Latina. Al respecto mis propias preocupaciones se combinan con el planteamiento hecho recientemente por el filósofo Eduardo Rabossi en cuanto a las dos condiciones para la existencia de filosofía en nuestro medio: por una parte, el profesionalismo, pero, por la otra, la profesionalidad. Al celebrar la existencia de profesionalismo y lamentar la inexistencia de profesionalidad, Rabossi se refiere a notables carencias en nuestro medio: la no existencia de una comunidad investigativa, la falta de un diálogo profundo y real (no un diálogo de sordos o un monólogo de fanáticos) y el papel que ha de cumplir el pasado, en cuanto “genera el marco de

pertenencia, fija las tradiciones propias, ubica las ajenas y da sentido a las discrepancias, los debates y las críticas”.<sup>viii</sup>

Sobre este problema central se ha declarado ya de manera explícita Henríquez Ureña en muchas oportunidades. Así, en “La cultura de las humanidades” (1914), dice que existen sociedades que, como las nuestras, no poseen un volumen de reservas de energía intelectual tales como para dilapidarlas en discusiones gratuitas, o *dilettantismo*: debates de torre de marfil.

Las sociedades de la América española, agitadas por inmensas necesidades que no logra satisfacer nuestra impericia, miran con nativo recelo toda orientación esquiva a las aplicaciones fructuosas. Toleran, sí, que se estudien filosofías, literaturas, historia; que en estudios tales se vaya lejos y hondo; siempre que esas dedicaciones sirvan para enseñar, para ilustrar, para *dirigir* socialmente. El *dilettantismo* no es, no puede ser, planta floreciente en estas sociedades urgidas por ansias de organización.<sup>ix</sup>

Y evoca las palabras de Sierra en su discurso inaugural de la Universidad: “No quisiéramos ver nunca en ellas torres de marfil, ni vida contemplativa, ni arrobamiento...”.<sup>x</sup> Madurez y devoción por la alta cultura se contraponen a juventud y afán de disciplina, crítica, método. El positivismo cerrado se opone a “la restauración de la filosofía [y de la metafísica], de su libertad y sus derechos”. Evoca la lectura arrobada del *Banquete* platónico: “La lectura acaso duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del mundo de la calle, por más que esto ocurría en un taller de arquitecto, inmediato a la más populosa avenida de la ciudad”.<sup>xi</sup>

Le preocupó también la necesidad de hacer recuentos y síntesis que nos permitieran tener visiones de conjunto que, a su vez, sirvieran de plataforma sólida a nuevas reflexiones:

¿Por qué los extranjeros se arriesgaron, antes que los nativos, a la síntesis? Demasiado se ha dicho que poseían mayor aptitud, mayor tenacidad; y no se echa de ver que sentían menos las dificultades del caso. Con los nativos se cumplía el refrán: los árboles no dejan ver el bosque. Hasta este día, a ningún gran crítico o investigador español le debemos una visión completa del paisaje. Don Marcelino Menéndez y Pelayo, por ejemplo, se consagró a describir uno por uno los árboles que tuvo ante los ojos; hacia la mitad de la tarea le traicionó la muerte.

En América vamos procediendo de igual modo. Emprendemos estudios parciales; la literatura colonial de Chile, la poesía en México, la historia en el Perú... Llegamos a abarcar países enteros, y el Uruguay cuenta con siete volúmenes de Roxlo, la Argentina con cuatro de Rojas (¡ocho en la nueva edición!). El ensayo de conjunto se lo dejamos a Coestler

y a Wagner. Ni siquiera lo hemos realizado como simple suma de historias parciales, según el propósito de la *Revue Hispanique*: Después de tres o cuatro años de actividades la serie quedó en cinco o seis países.

Todos los que en América sentimos el interés de la historia literaria hemos pensado en escribir la nuestra. Y no es pereza lo que nos detiene: es, en unos casos, la falta de ocio, de vagar suficiente (la vida nos exige, ¡con imperio!, otras labores); en otros casos, la falta del dato y del documento: conocemos la dificultad, poco menos que insuperable, de reunir todos los materiales. Pero como el proyecto no nos abandona, y no faltará quién se decida a darle realidad, conviene apuntar observaciones que aclaren el camino.<sup>xii</sup>

Y también se ha referido más de una vez al problema del profesionalismo:

No pongo la fe de nuestra expresión genuina solamente en el porvenir; creo que, por muy imperfecta y pobre que juzguemos nuestra literatura, en ella hemos grabado, inconscientemente o a conciencia, nuestros perfiles espirituales. Estudiando el pasado, podremos entrever rasgos del futuro; podremos señalar orientaciones. Para mí hay una esencial: en el pasado, nuestros amigos han sido la pereza y la ignorancia; en el futuro, sé que sólo el esfuerzo y la disciplina darán la obra de expresión pura. Los hombres del ayer, en parte los del presente, tenemos excusa: el medio no nos ofrecía sino cultura atrasada y en pedazos; el tiempo nos lo han robado empeños urgentes, unas veces altos, otras humildes. Y, sin embargo, hasta fines del siglo XIX nuestra mejor literatura es obra de hombres ocupados en *otra cosa*: libertadores, presidentes de república, educadores de pueblos, combatientes de toda especie. La calamidad han sido los ociosos: ¡esos poetas románticos, cuyo único oficio conocido era el de hacer versos, pero que eran incapaces de poner seriedad en la obra! Y lo que antes se veía en los románticos ¿no se ve ahora en sus descendientes, bajo designaciones distintas? El moderno, cuando se le ataca por su falta de seriedad, se defiende a veces con la peregrina especie de que el arte no ha de tomarse en serio. Si es así, no hablo con él; no hay nada que hablar. Pero ¿por qué se fundan y se riñen batallas sobre cosas que no son serias...? ¿El arte como deporte? Pero los maestros del deporte, los griegos, los ingleses, estimaron siempre que el deporte es cosa seria.<sup>xiii</sup>

Es allí, precisamente allí, donde debe repensarse el aporte de Henríquez Ureña. Si nos extraviamos en infinitos debates sobre el profesionalismo filosófico de nuestros grandes ensayistas perderemos de vista que su mayor aporte ha sido el de advertir sobre la ausencia de una tradición de pensamiento, una densidad de pensamiento, que diera sentido al diálogo, los debates, las discrepancias, así como contribuir a la fundación de esa tradición de estudio riguroso y pensamiento crítico. Antes o al mismo tiempo que construir espacios de discusión especializada, se hacía y se sigue haciendo necesario recuperar las fuentes, textos, autores, acertadamente

contextualizados, editados, interpretados, para poder consolidar una discusión que tenga arraigo y no caiga en el prejuicio de orfandad en el que todavía incurren muchos de nuestros estudiosos, que por elección o por obligación, están desarraigados del pasado de tal modo que sus discusiones difícilmente pueden ubicarse en una buena perspectiva de interpretación histórica.

Otra cosa que angustiaba a Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Vasconcelos y muchos otros de una larga lista de grandes intelectuales, es la falta de lectores, que conlleva no sólo dificultades de comunicación entre la minoría ilustrada y las amplias capas de la población, sino la imposibilidad de generar una masa crítica y una ciudadanía en la cual apoyar de manera firme una sociedad democrática. De allí su impenitente afán de editar libros, abrir escuelas, formar bibliotecas, impartir conferencias, escribir ensayos, un afán, una vez más, cercano al otorgamiento de una densidad cultural y una comunidad de lectores que diera peso específico y arraigo a nuestras ideas, en esto que hoy renovadamente llamamos “tradición”. El libro en sí mismo se vuelve metonimia y metáfora de nuestro arraigo cultural a la vez que escenario real y simbólico de cambio.

Por otra parte, los esfuerzos de nuestro autor por ofrecer visiones de conjunto y periodizaciones comprensivas se corresponden con la necesidad de dar una primera interpretación de nuestro proceso cultural. Fundar crítica, exhaustiva y rigurosamente, una tradición de pensamiento con la cual enlazar los fenómenos particulares y poder de este modo dotarlos de sentido.

Otro elemento que considero estrechamente ligado a la posibilidad de fundación de un pensamiento filosófico, científico, crítico, moderno, es el enriquecimiento del lenguaje, la *densificación* del propio lenguaje, la *filologización* del lenguaje. El amor de Henríquez Ureña y Reyes por el lenguaje, la morosidad con que estudian raíces, orígenes, pero también significados, usos, no obedecen sólo a un afán de coleccionista o erudito, sino que son parte de un programa más generoso y ambicioso de contextualización histórica y reactualización de la lengua, enriquecimiento léxico y densificación conceptual y simbólica de la lengua para propiciar no sólo la comunicación sino también la reflexión sobre esta institución social por excelencia: Henríquez Ureña y Reyes advirtieron precisamente que la lengua española podía a su vez

ser metáfora de nuestra existencia histórica, portadora de huellas de la colonización y la emancipación mental de nuestros pueblos.

Plantearé aquí de manera temeraria una hipótesis: el crecimiento desde mi punto de vista desmedido y excesivo del problema de la identidad latinoamericana, debido a las condiciones políticas y económicas que atravesaron nuestros países, ocupó buena parte del espacio de discusión filosófica por muchos años (tal el caso de la indagación de las peculiaridades nacionales) que sirvió indirectamente a proyectos modernizadores centrados en un modelo de Estado-nación fuerte. Esta "inflación" del tema de la identidad, que llevó al primer Reyes a dar lugar a un segundo Reyes que se obligó a escribir *Con la x en la frente*, llevó al mismo tiempo a minimizar y sepultar otras líneas de reflexión de enormes alcances como las que fueron propias del primer Reyes y de Henríquez Ureña: insisto, problemas como el de la contextualización histórica y cultural de las discusiones, la cimentación de una tradición de pensamiento y de discusión incluyentes y firmemente apoyadas en el conocimiento crítico de nuestro pasado y respetuosas de la paradoja particularidad-universalidad.

La resolución que se va abriendo camino después del positivismo es profundamente estética; de este modo, la literatura constituye, a la vez que un ámbito libremente escogido de acuerdo a su propia afinidad vocacional por Henríquez Ureña, un modelo de interpretación cultural integrador, con autonomía relativa y coherencia interna: la resolución simbólica de una serie de conflictos aún no resueltos en el ámbito económico, político o social.

Recuperar nuestra historia, nuestra cultura, nuestros autores, nuestras fuentes y enriquecer nuestro lenguaje especializado cobra así un sentido mucho mayor que el mero rescate de rasgos peculiares a partir de los cuales rastrear nuestras líneas de identidad. Se trata de la construcción de una tradición incluyente a la vez de la herencia europea y de los debates actuales del viejo mundo y de Estados Unidos para su reinserción en una tradición que incluya también la propia herencia cultural de la región. Y en esto no hay un mero afán arqueológico o, insisto, de erudito o coleccionista. Henríquez Ureña descubre que *el lenguaje es a la vez instrumento de indagación y sustrato de la indagación*, de tal modo que, en cuanto depurador, enriquecedor y estudioso del lenguaje ha hecho por la filosofía mucho más que muchos filósofos: su



tarea se apoya en una idea implícita: la instrumentalidad de la lengua española para la indagación especializada sólo puede darse con un conocimiento riguroso y apropiado de esa lengua y con la contribución a un enriquecimiento léxico y metafórico a la altura de los tiempos.<sup>xiv</sup>

Un estudio de mayor aliento y mayores alcances de Henríquez Ureña, Reyes y esta generación fundacional nos conducirá a descubrir que su recuperación en sentido fuerte de las nociones de historia, de cultura y de tradición ha representado un avance fundamental en la articulación de saberes propios de la filología y la estilística al estudio antropológico, histórico y lingüístico de corte científico tal como lo permitía hacer la primera antropología. El ensayo es en este sentido el escenario más propicio para el ejercicio de reactualización performativa de los saberes y creencias. La creciente recuperación en el ámbito académico internacional de la obra de Erich Auerbach va en este mismo sentido: su indagación del mundo de la significación (Geertz), su reactualización de una tradición de lecturas e interpretaciones al servicio de los requisitos del presente (Said).

La lección prometeica de Henríquez Ureña y Reyes consiste pues en “arrebatar” a la cultura de élite los saberes que sirvan a la construcción de una cultura democrática en pleno siglo XX. En textos como “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México” se hace evidente la interpretación de los procesos y las vías de solución que encuentra nuestro autor.<sup>xv</sup> Por una parte, sus reflexiones sobre la importancia de la educación pública. Por la otra, la necesidad de sacar el saber de los marcos tradicionales y renovar la cultura de la sociedad. De allí el carácter militante que revistió para él la fundación de el Ateneo de la Juventud, la apertura de universidades populares, ciclos de conferencias, etc.

La Revolución ha ejercido extraordinario influjo sobre la vida intelectual, como sobre todos los órdenes de actividad en aquel país. Raras veces se ha ensayado determinar las múltiples vías que ha invadido aquella influencia; pero todos convienen, cuando menos, en la nueva fe, que es el carácter fundamental del movimiento: la fe en la educación popular, la creencia de que *toda* la población del país *debe* ir a la escuela, aun cuando este ideal no se realice en pocos años, ni siquiera en una generación...

Hay que recordar que hasta el comienzo del siglo XIX, la América latina, a pesar de sus imprentas, vivía bajo una organización medieval de la sociedad y dentro de una idea medieval de la cultura... Saber leer y escribir era, como en la Europa de la Edad Media, habilidad estrictamente

profesional... Así se comprende cómo hubieron de pasar cien años para que una nación se diera cuenta de que la educación popular no es un sueño utópico sino una necesidad real y urgente. Eso es lo que México ha descubierto durante los últimos quince años, como resultado de las insistentes demandas de la Revolución....

El nuevo despertar intelectual de México, como de toda la América latina en nuestros días, está creando en el país la confianza en su propia fuerza espiritual. México se ha decidido a adoptar la actitud de discusión, de crítica, de prudente discernimiento, y no ya de aceptación respetuosa, ante la producción intelectual y artística de los países extranjeros, espera, a la vez, encontrar en las creaciones de sus hijos las cualidades distintivas que deben ser la base de una cultura original.<sup>xvi</sup>

Hay así en la obra de Henríquez Ureña reflexiones explícitas sobre su filiación-afiliación, esto es, su asunción consciente de un papel como educador e intelectual crítico y como miembro de una generación original que tuvo un programa implícito de renovación:

Pero en el grupo a que yo pertenecía, el grupo en que me afilié a poco de llegar de mi patria (Santo Domingo) a México, pensábamos de otro modo. Éramos muy jóvenes (había quienes no alcanzaran todavía los veinte años) cuando comenzamos a sentir la necesidad del cambio. Entre muchos otros, nuestro grupo comprendía a Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Acevedo el arquitecto, Rivera el pintor. Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡Oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte *pompier*: nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en aptitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.

Bien pronto nos dirigimos al público en conferencias, artículos, libros (pocos) y exposiciones de arte. Nuestra juvenil revolución triunfó, superando todas nuestras esperanzas... Nuestros mayores, después de tantos años de reinar en paz, se habían olvidado de luchar.

(...) Nuestro grupo, además, constituido en Ateneo desde 1909, había fundado en 1911 la Universidad Popular Mexicana.<sup>xvii</sup>

Existen también en él dominantes constructivas y sistemas metafóricos y simbólicos que confirman su posición. Pienso, particularmente, en el vasto

sistema metafórico por él trazado y que está vinculado al agua: océanos, mares, ríos, corrientes subterráneas, aparecen una y otra vez de manera recurrente en cartas, discursos y ensayos: protesta respecto de su vocación Atlántica y del Caribe como zona de encuentro cultural.

Creo que además hay una última y gran lección que nos ha dejado Henríquez Ureña. Muchos de nuestros más grandes intelectuales se vieron atenaceados por un problema brutal: la adquisición de una competencia, que por muchos años sirvió como símbolo de diferenciación social, esto es, como vía a la elitización e incorporación del erudito a los círculos del poder, pasaba a ser ahora necesidad de apertura de esa competencia al servicio de la población en general, al precio de la incompreensión, el silencio, la exclusión.<sup>xviii</sup>

No me interesa aquí debatir si nuestro autor fue estrictamente o no filósofo, sino recuperar sus geniales aportes, básicos para el desarrollo y la profesionalización tanto de la filosofía como de cualquier otra forma de conocimiento riguroso, en el ámbito de la literatura y la lingüística, y en el tratamiento en sentido fuerte de las nociones de historia, cultura, razón, tradición, que permitieron de manera indirecta sentar las bases para una profesionalización de todo quehacer humanístico en nuestra región.

---

\* Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Filosofía, 2003.

<sup>i</sup> Cf. *Horas de estudio* (1910), en Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*, edición de Emma Susana Speratti Piñero y prólogo de Jorge Luis Borges, México, FCE, 2001 (Colección Biblioteca Americana), p. 79.

<sup>ii</sup> “Conferencias” (1907), Henríquez Ureña, *Ibíd.*, p. 171. El ensayo pertenece a *Horas de estudio* (1910).

<sup>iii</sup> *Ibíd.*, pp. 171 y 172.

<sup>iv</sup> *Ibíd.*, p. 171.

<sup>v</sup> Beatriz Sarlo, “Pedro Henríquez Ureña: lectura de una problemática”, en Pedro Henríquez Ureña *Ensayos*, edición crítica José Luis Abellán y Ana María Barrenechea (coords.), ALCA XX (Colección archivos 35), Madrid, 1998, p. 881.

<sup>vi</sup> Cf. Jorge Luis Borges, “Prólogo” en *Obra crítica, op. cit.*, pp. VII-X.

<sup>vii</sup> Beatriz Sarlo, *op. cit.*, p. 884.

<sup>viii</sup> Eduardo Rabossi, “Filosofar: profesionalismo, profesionalidad, tics y modales”, *Cuadernos de Filosofía* 40, abril de 1994, Buenos Aires, Argentina.

<sup>ix</sup> Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 595.

<sup>x</sup> *Ibíd.*

<sup>xi</sup> *Ibíd.*, p. 598.

<sup>xii</sup> “Caminos de nuestra historia literaria” (1925) en *Obra crítica, op. cit.*, pp. 254-255. El ensayo pertenece a *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928).

<sup>xiii</sup> “Palabras finales” (1927) en *Obra crítica, op. cit.*, p. 324. Véase *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928).

---

<sup>xiv</sup> Así, en *El español en Santo Domingo* [1ª ed. 1940], Santo Domingo, Editora Taller, 1978, p. 8, dice: “Tiene importancia recoger, precisamente ahora, este aspecto antiguo de la vida dialectal, porque está destinado a desaparecer muy pronto: el aislamiento lo ha mantenido; pero, aun con el aislamiento, empiezan a advertirse muchos signos de cambio, y todo ensanche de comunicación y de movimiento acelerará la transformación. Si es interesante recoger los materiales de una lengua antes que muera... no es menos interesante recoger el aspecto local, ya en peligro de desaparición, de una gran lengua viva”. Y más adelante: “Santo Domingo fue el primer centro de americanización del español, tanto en la adaptación de palabras europeas a cosas y hechos del Nuevo Mundo como en la adopción de palabras indias” (p. 41). “En la clase culta toda nota de extranjerismo es, o el galicismo procedente de los libros, o el anglicismo procedente del cinematógrafo y del comercio con los Estados Unidos. Muy débiles uno y otro” (p. 135). “Los galicismos de origen libresco son los de todas partes...confort, matinée, menú, panfleto... (p. 235-6)”.

<sup>xvi</sup> Henríquez Ureña, “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”, en *Obra crítica*, *op. cit.*, pp. 612 y 613.

<sup>xvii</sup> *Ibíd.*

<sup>xviii</sup> Al hablar del *Ariel*, dice respecto de Rodó que “Desde luego, se dirige a una juventud *ideal*, la *élite* de los intelectuales; y en la obra hay escasas alusiones a la imperfección de la vida real en nuestros pueblos. Rodó no ha intentado hacer un estudio sociológico, como Carlos Octavio Bunge en *Nuestra América*: su propósito es contribuir a formar un ideal en la clase dirigente, tan necesitada de ellos”. Cf. “*Ariel*” (1904) en *Obra crítica*, *op. cit.*, p. 24. El texto pertenece a *Ensayos críticos* (1905).